

¿POR QUÉ MURIÓ JESÚS?



CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES

Cristo Para Todas Las Naciones es una organización cristiana sin fines de lucro, que difunde el mensaje de Jesucristo a todos los grupos sociales, sin distinción de credos religiosos. Este mensaje llega a las personas en su diario vivir, brindándoles una orientación cristiana para conocer la bondad de Dios y su perdón.

Producimos y distribuimos material a partir de una óptica cristiana y, en consecuencia, bíblica, para ayudar a toda clase de personas que buscan respuestas sobre los temas de la vida cotidiana.

Nos sostenemos económicamente gracias al es- fuerzo de personas que sienten el deseo de ayudarnos a compartir las Buenas Nuevas en todo el mundo. Deseamos que las personas conozcan a Jesucristo, confíen en El, tengan vida eterna y sean parte de la gran familia de creyentes, ayudándolas a congregarse en una iglesia local.

MEJOR VIVIR

Cristo Para Todas Las Naciones- Chile

Teléfono: 2 2283 2915

X @CPTLNCHILE

Instagram @cptln_chile

Facebook @CristoParaTodasLasNacionesChile

Website  www.cptln.cl

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
LO BÁSICO DE LA CRUZ	5
LA MUERTE DE JESÚS EN LA CRUZ	6
EL MESÍAS DEBE SUFRIR	7
EL PROBLEMA DEL PECADO	9
LAS CONSECUENCIAS DIARIAS DEL PECADO	11
LAS CONSECUENCIAS ETERNAS DEL PECADO	15
SALVANDO EL DÍA A TRAVÉS DEL SUFRIMIENTO	19
EL NÚCLEO DE LA HISTORIA... Y YO	21

INTRODUCCIÓN

Me llamo Don y soy cristiano. Una de las cosas que aprenderás sobre mí en este folleto es que me fascinan las cruces. Quizás esto no te sorprenda, ya que los cristianos de todo el mundo parecen estar encantados con la cruz. ¡He visto cruces en tazas de café, relojes incrustados de diamantes e incluso corbatas de seda! Yo mismo tengo varias y algunas son muy especiales, como la que me dio un amigo que está hecha de la corteza de un árbol de Rusia, y que es una de mis posesiones más preciadas.

Lo cierto es que la cruz (dos simples líneas: una vertical y una horizontal) puede reconocerse en todo el mundo y está en todas partes. A lo largo de la historia ha estado en muchas iglesias y a través de los siglos las personas la han llevado colgando del cuello. Si nos detenemos a pensar, ¡es una fama extraña para un instrumento de pena capital! Y, sin embargo, nunca pasa de moda.

Pero ¿por qué será? ¿Por qué será que la iglesia ha adoptado la cruz como su símbolo central? ¿Por qué será que la muerte de Jesús en la cruz se ha convertido en un punto central para los cristianos? ¿Por qué algunos cristianos, como yo, decimos que la cruz es “preciosa”? ¿Qué representa exactamente la cruz? En definitiva, todas estas preguntas conducen a una simple pregunta: ¿Por qué murió Jesús?

LO BÁSICO DE LA CRUZ

No hay mucho que decir sobre la mecánica de la cruz, ni tampoco hay necesidad de ensayar sus cualidades de tortura. Como instrumento político y judicial, la cruz surgió en un contexto histórico. Hace más de 2000 años, los romanos tenían el control de un imperio que cubría todas las tierras que rodeaban y se extendían desde el Mediterráneo. De alguna forma tenían que hacer cumplir sus leyes: si perdían el control perdían, entre otras cosas, los impuestos. Y eso lo lograron a través de su poder y la exhibición del mismo.

Entonces, cada vez que alguien desobedecía la ley romana, lo exhibían en forma pública. Recordemos que no había blogs, periódicos o textos interminables en la parte inferior de la pantalla del televisor... así que, ¿cómo usar a alguien de ejemplo y hacer llegar el mensaje? Aparentemente, matándolos en forma pública, dolorosa y lenta allí donde los caminos se cruzaban y donde muchas personas pasaban cada día. Una exhibición del control romano.

En realidad, la cruz era una solución elegante. No necesitaba poleas, cuchillas afiladas, electricidad o correas de cuero. Tan solo dos tablones gruesos: uno vertical y uno horizontal a los cuales se clavaban las manos y los pies de la persona, de tal manera que los condenados morían sí o sí (sofocados) pero solo después de estar colgados en una larga y tortuosa exhibición. Como dije, no hay mucho que decir

sobre la mecánica de la cruz.

La muerte de Jesús en la cruz

La verdadera pregunta que debemos hacernos es “¿por qué?”

¿Por qué murió Jesús en una cruz? ¿Y por qué es eso tan importante, que las dos líneas que representan esas vigas pesadas son ahora reconocidas en todo el mundo? ¿Por qué es tan importante que las personas llevan un modelo de esa herramienta de opresión romana alrededor de su cuello?

Curiosamente, desde el principio la cruz fue un elemento central en el mensaje sobre Jesús. Pablo de Tarso, uno de los primeros pastores y misioneros cristianos, un hombre que se tomó grandes molestias para llevar su mensaje tan extensamente como pudo a pesar de la oposición y la persecución, resumió su mensaje de esta manera: “Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de este crucificado” (1 Corintios 2:2). Como vemos, el mensaje completo de Pablo es Jesús y su muerte en una cruz.

Pero ¿por qué la cruz era parte de la historia tan importante y central para Pablo? Parecería que la muerte de Jesús en la cruz podría ser una fuente de vergüenza, especialmente si consideramos que en las escrituras judías se declara que ser asesinado colgando de un árbol

significaba que Dios le había maldecido. ¿Estaba Pablo utilizando la muerte de Jesús para ganar adeptos a la iglesia? ¿Habla la cruz sólo del martirio? ¿O hay otra razón por la cual la iglesia, desde el principio, celebró y transmitió el hecho de que Jesús murió en una cruz?

El Mesías debe sufrir

Vayamos a un encuentro significativo entre Jesús y sus seguidores que creo nos ayudará a analizar la pregunta sobre la cruz. En el capítulo 8 de Marcos tenemos el registro de Jesús y sus discípulos discutiendo sobre cómo están respondiendo las multitudes a la pregunta: ¿Quién es Jesús? Luego de escuchar las conclusiones a las que llegan las multitudes, Jesús les pregunta: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy?” Pedro le respondió: “Tú eres el Cristo” (Marcos 8:29).

Cristo, o Mesías en hebreo, era un título que los profetas hebreos utilizaban para describir “al que habría de venir”. Es que Dios había prometido una y otra vez a través de los profetas que iba a enviar a alguien para salvar a los israelitas. Ése era el que “habría de venir”.

La palabra Mesías significa “ungido”, y era la palabra que los profetas usaban cuando querían enfatizar que el que habría de venir sería victorioso en salvarlos, ¡porque sería el ungido de Dios! Así que al decir “tú eres el Cristo”, Pedro está diciendo: tú eres Aquél a

quien hemos estado esperando, tú eres el que habría de venir, el ungido de Dios, ¡el Mesías victorioso!

Y lo que sorprende es lo que Jesús le dice entonces a Pedro: “Pero él les mandó que no dijeran nada a nadie acerca de él. Jesús comenzó entonces a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre sufriera mucho y fuera desechado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, y que tenía que morir y resucitar después de tres días. Esto se lo dijo con toda franqueza” (Marcos 8:30-32).

“Esto se lo dijo con toda franqueza”. Pedro había entendido. “Tú eres el Mesías” (quizás con estrellas en los ojos y visiones de un camino glorioso de victoria sin fin delante de ellos). Y, en esencia, Jesús dice: “Sí, pero recuerda lo que los profetas dijeron sobre el que habría de venir”. Y luego utiliza el título de “el Hijo del Hombre” que los profetas usaron para enfatizar que el que habría de venir tomaría el sufrimiento del pueblo sobre sí mismo.

El camino a la victoria es seguro, pero pasa por el mundo del sufrimiento. “Tienes razón en llamarme Mesías”, pareciera estar diciendo Jesús. “También tienes razón en llamarme Hijo del Hombre”. Y el Hijo del Hombre debe sufrir. El sufrimiento de Jesús y su muerte en la cruz no fueron una opción ni un accidente. Fueron necesarios. La cruz era el plan para la victoria.

Pedro se sorprendió por las palabras de Jesús.

¿Sufrir?! En realidad, Pedro difirió con Jesús: ¡Vas a triunfar, no a sufrir! Pero resulta que esto había sido profetizado todo el tiempo. Como predijo el profeta Isaías sobre el que habría de venir:

“Con todo, él llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores, mientras nosotros creemos que Dios lo ha azotado, lo ha herido y humillado. Pero él será herido por nuestros pecados; ¡molido por nuestras rebeliones! Sobre él vendrá el castigo de nuestra paz, y por su llaga seremos sanados”(Isaías 53:4-5).

Según el profeta Isaías, el sufrimiento del Mesías traería dos cosas: paz y sanación. Pero, ¿cómo puede el “castigo” de un hombre traer paz a otro? ¿Y cómo pueden las marcas de sufrimiento de un hombre sanar a otras personas? Incluso si Jesús realmente fuera el que habría de venir, ¿cómo podría su sufrimiento y muerte en una cruz traer paz o sanidad? Por más bien intencionado que fuera, ¿qué diferencia podría hacer?

EL PROBLEMA DEL PECADO

Durante cientos de años se predijo que el que habría de venir iba a sufrir y que el resultado sería paz y sanidad. La necesidad de paz implica que existe algún tipo de conflicto, y la necesidad de sanación implica que hay algún tipo de enfermedad. Si Dios estaba enviando al que habría de venir para salvar a su pueblo,

¿cuáles eran el conflicto y la enfermedad de los que necesitaban ser salvados? En resumen: necesitaban ser salvados del pecado.

La Biblia enseña que al principio no había pecado o su subsecuente conflicto y enfermedad. El mundo una vez fue elegante: las personas vivían en armonía con la tierra, se llevaban bien entre sí, había un trabajo creativo para sus mentes y uno fuerte para sus manos y estaban en paz con Dios, su creador. Al principio no había conflicto ni enfermedad.

Pero luego sucedió algo. Algo... absurdo y torpe. Algo que cambió el curso de la historia en este planeta e introdujo un conflicto intenso y una enfermedad insidiosa. En una palabra: pecado. La palabra original "pecado" simplemente significaba "errar al blanco". Y el "blanco" que Dios había establecido para los humanos era disfrutar de su creación, vivir en armonía unos con otros, caminar pacíficamente con él y prestar atención a su sabio, amoroso y paternal consejo. Ese era el blanco.

Pero los humanos dudaron del consejo de Dios y, habiéndole echado el ojo a la fruta prohibida inductora de muerte, dieron un bocado, dando entrada al pecado en el mundo. Al hacer eso, erraron al blanco. Habían pecado. El pecado era, y es, absurdo, rebelde e inductor a la muerte.

Sí, induce a la muerte. El pecado es así de significativo. La Biblia enseña que el pecado

humano tiene consecuencias naturales lamentables, tanto diarias como eternas.

Las consecuencias diarias del pecado

A ese momento en la historia en que el pecado entró en la ecuación humana, los cristianos lo conocemos como “la caída”. Si bien suena inquietante, en realidad es una expresión bastante apropiada. Cuando Adán y Eva pecaron por primera vez, fue como si la historia se quebrara. A partir de ese momento, cada día ha sido diferente: la forma en que los seres humanos se sienten y se relacionan entre sí, la forma en que se relacionan con Dios y en que interactúan con la creación misma. Fue como si la creación misma se quebrara y la vida diaria comenzara a echarse a perder inmediatamente.

Adán y Eva comenzaron a discutir inmediatamente después de comer la manzana (ya no había más armonía). Como se sentían culpables y avergonzados, en lugar de trabajar creativamente en la tierra se ocuparon frenéticamente por esconderse de Dios (ante cuya presencia paterna se sentían demasiado avergonzados, demasiado desnudos, demasiado cohibidos). Así, el pecado tuvo consecuencias naturales en la vida diaria.

Si alguna vez has visto a un pájaro atrapado en un derrame de petróleo, tienes una imagen clara (aunque aleccionadora) de los efectos

diarios del pecado. Las aves son algo increíble: son elegantes y ligeras. Sus intrincadas plumas son una maravilla de la ingeniería: el equilibrio justo de peso y fuerza hace que puedan volar. ¡Y qué vuelo es! Ver un pájaro (o una bandada de pájaros) en vuelo es impresionante. ¡Cuando ves un pájaro en vuelo, lo ves hacer aquello para lo cual fue creado!

¿Pero un pájaro que quedó atrapado en un derrame de petróleo? Sus intrincadas plumas están engomadas y pesadas. Un pájaro cubierto de petróleo no puede volar, e incluso tiene dificultad hasta para caminar: su peso es diferente, su equilibrio es errado. Su ecosistema está mal, lo que hace más difícil encontrar peces o insectos para comer. Nada parece estar bien.

Esa es una imagen cercana a la situación humana descrita en la Biblia después de la caída. La entrada del pecado al mundo tuvo consecuencias naturales ya que el pecado traba toda la creación, arruinando a las personas y a su relación entre ellos y su Creador. El pecado es como una enfermedad que se extiende como una maldición a través de toda la creación. Una vez que el pecado entró en el mundo, los seres humanos dejaron de vivir de la manera en que fueron creados para vivir.

De más está decir que esta enfermedad no nos cae bien. Instintivamente sentimos que estamos destinados a algo mejor, por lo que nos vemos tentados a tratar de limpiarnos a nosotros mismos. Pero sabemos que es difícil

para las aves cubiertas de petróleo limpiarse a sí mismas. De hecho, hasta aquí nos sirve esta analogía. Porque, a diferencia de esas aves, la enfermedad del pecado no está afuera, sino adentro de todos los seres humanos.

Es por ello que Jesús prestó tan poca atención a las cuidadosas prácticas de limpieza ritual de su tiempo. Y las personas que lo rodeaban lo notaron, especialmente los líderes religiosos que tenían mucho cuidado con lavarse el cuerpo regularmente y lavarse las manos ritualmente antes de comer. Cuando le preguntaron a Jesús por qué no le prestaba más atención a la limpieza ritual antes de una comida, Jesús lo dejó bien en claro: “Nada que venga de afuera puede contaminar a nadie. Lo que contamina a la persona es lo que sale de ella” (Marcos 7:15).

Cuando lo presionaron, Jesús fue un poco más gráfico: “¿Acaso no entienden que nada que venga de afuera y entre en alguien puede contaminarlo? Porque eso no entra en su corazón, sino en su vientre, y al final va a parar en la letrina” (Marcos 7:18b- 19). Jesús no estaba preocupado por el ritual del lavado, pero sí estaba muy preocupado por la enfermedad que hay dentro de las personas. “Porque de adentro del corazón humano salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, la soberbia y la insensatez. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a

la persona" (Marcos 7:21-23).

Esa es una interesante lista de palabras: cuando las leemos, no nos cabe la menor duda que esa es nuestra condición como seres humanos; y tampoco nos cabe duda de que no fuimos diseñados para vivir de esa manera. Las acciones humanas torpes de esa lista no son diferentes de los movimientos antinaturales y torpes de un ave que intenta moverse estando cubierta de petróleo. La enfermedad del pecado hace que vivamos de una manera para la cual no fuimos realmente creados.

He sentido esos efectos cotidianos del pecado. Ya antes de terminar la escuela secundaria, me di cuenta de cómo la caída y la enfermedad del pecado afectaban la vida. Me sentía como un ave atrapada en el petróleo. Era un desastre. En mi interior crecía un profundo odio conmigo mismo que corrompía mi percepción de Dios y mi relación con él.

Al repasar lo sucedido, veo cómo ese creciente autodesprecio comenzó a afectar la forma en que me relacionaba con los demás. De hecho, pasé casi todo mi primer año de la secundaria en aislamiento. Pasaba días enteros sin pronunciar una sola palabra a nadie. La hora del almuerzo era la peor: por lo general me iba a comer afuera, donde no me rodeaban mesas con personas riendo. Esto fue en el estado de Oregón, lo que significa que a menudo comí bajo la lluvia. Una imagen triste.

Al final del primer año, el jugar tenis y estar en el grupo de oratoria plantaron algunas semillas de amistades, una de las cuales comenzó a convertirse en una relación de pareja desesperada y poco saludable. Al final de mi segundo año era un desastre. Experimenté de primera mano que el pecado tiene consecuencias cotidianas. Y como si eso no fuera suficiente- mente malo, resulta que el pecado también tiene consecuencias eternas.

Las consecuencias eternas del pecado

El pecado no sólo te arruina el día, sino también tu eternidad. La Biblia enseña que hay consecuencias espirituales reverberantes del pecado que hacen eco en la eternidad. Así describe esta consecuencia natural en una parte: "Porque la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23a). El pecado tiene un "pago", una consecuencia, da como resultado algo: la muerte. La Biblia enseña que un día todos tendremos que estar ante la presencia del Padre una vez más y él juzgará nuestro pecado. Tiene que hacerlo.

Sé que no es popular pensar en esto, y puede parecer muy anticuado y puritano hablar de pecado, juicio y consecuencias eternas, pero quizás hay momentos de claridad en los que vislumbramos nuestra culpa, cuando entendemos la justicia de la ira que nos hemos ganado. Recuerdo un tiempo así en la escuela

secundaria. Tenía entonces una sensación muda, aunque palpable, de lo que se me debía, del pago que había ganado en mi vida.

No puedo olvidar la visión que tuve de esto en una calurosa tarde de verano cuando estaba nadando en la piscina de nuestro complejo de apartamentos. Estaba nadando bajo el agua con los ojos abiertos con mi hermana mayor, Vicky, nadando frente a mí. Al verla nadar, tuve la sensación de lo delgada y frágil que era. Ella sólo pesaba 39 kilos. Simplemente me sorprendió ver lo digna y preciosa que era.

Y en ese momento tomé conciencia de mi culpa. A principios de esa semana todos estábamos en la sala viendo la televisión.

No recuerdo qué estábamos mirando, pero recuerdo que mi hermana dijo algo y, malinterpretándola, pensé que había dicho algo malo sobre mí. Estaba tan indignado, que me levanté de un salto y comencé a darle patadas hasta que pude entender lo que estaba diciendo. La había oído mal. Ella no había dicho nada en absoluto sobre mí. Y todo lo que hice en ese momento fue dejar de patearla y volver a sentarme.

Pero al verla en la piscina tan delicada y digna, reconocí mi culpa y supe que merecía ser juzgado por lo que había hecho. Por fuera, los demás me veían como un estudiante tranquilo y exitoso, un adolescente agradable. Pero por dentro yo sabía bien que mis pecados habían

merecido algo: ser juzgado.

La Biblia nos dice que cada pecado que cometemos lastima a uno de los preciosos hijos de Dios. No podemos entender claramente el pecado hasta que vemos que cada pecado gana un pago, acumula ira. Y la Biblia nos dice, sencilla y claramente, que llegará un día en el que habrá un ajuste de cuentas: "Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno pueda recibir lo que debe por lo que ha hecho..." (2 Corintios 5:10a).

La Biblia enseña que todos merecemos ser castigados, ya que todos somos culpables en algún nivel. Como dice en Romanos: "...por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios..." (Romanos 3:23). Esto es lo que la Biblia enseña explícitamente y lo que cada alma humana, creo, sabe implícitamente. Nuestros pecados profundizan cada vez más nuestro conflicto con Dios. Los primeros cristianos ya hablaron sobre este conflicto espiritual: "Pero debido a tu corazón duro e impenitente, estás acumulando ira para ti mismo en el día de la ira cuando el juicio justo de Dios será revelado" (Romanos 2:5).

Como si eso no fuera suficientemente serio, la Biblia también aclara que no hay nada que podamos hacer para reducir ese conflicto. No hay nada que podamos hacer para eliminar o disminuir esa ira merecida que se está acumulando, nada que podamos hacer para borrar nuestra culpa. Nuestros pecados son lo

que son; no hay negociación, cambios o pretensiones. Nuestros pecados tienen consecuencias no negociables. De alguna manera, nuestro predicamento me recuerda a la electricidad estática.

Cuando era niño pensaba que la electricidad estática era graciosísima. Mis hermanos y yo solíamos arrastrar los pies y darnos shocks el uno al otro. La electricidad estática era divertida, hasta que me mudé a Colorado. Colorado está a una gran altitud sobre el nivel del mar y el aire es muy seco, lo que significa que todo está supercargado de electricidad. Pronto descubrí que la mínima fricción producía shocks muy dolorosos. Antes de vivir allí una semana había aprendido a tenerle miedo a mi auto. Si alguna vez has vivido en Colorado, ¿sabes a lo que me refiero!

Un día, al abrir la puerta de mi auto ¡zas! Fue como si un rayo hubiera ido de la puerta del auto a mi alma. Y esto me sucedía cada vez que me subía al auto. Por más que trataba de deshacerme de la carga eléctrica pasando las manos por el pantalón, no lo lograba. Así comprobé una cosa: con las leyes físicas no se puede negociar. No hay forma de eludir una carga estática.

Con el pecado es algo parecido. Tú y yo hemos nacido en un mundo que ya está sobrecargado, donde nuestros pecados (nuestro propio friccionar) tienen consecuencias muy reales. Todos hemos pecado y hemos fallado. Todos

somos culpables. Y no hay forma de negociar con la física espiritual; por más que lo intentemos, no podemos descargarnos o deshacernos de la consecuencia natural de nuestros pecados.

Esta es la narrativa clara de la historia que nos da la Biblia. El pecado es un problema de raíz que tiene tanto consecuencias diarias, como eternas.

SALVANDO EL DÍA A TRAVÉS DEL SUFRIMIENTO

Y aquí entra la cruz de Jesús. Jesús sufrió en la cruz para salvar a las personas de las consecuencias del pecado. La Biblia nos dice que, en la cruz, el juicio natural por nuestras malas decisiones cayó sobre Jesús. Como Pedro escribiría más tarde, haciendo alusión a la profecía de Isaías: “Él mismo llevó en su cuerpo nuestros pecados al madero...” (1 Pedro 2:24). La cruz fue el último conductor de esa carga de juicio. Por eso Jesús dijo que “debía sufrir”.

Jesús pagó el precio que nuestros pecados habían ganado y borró la deuda en nuestra cuenta. De esta manera, reinstauró una vez más la paz entre nosotros y Dios. Todos los que se acercan a Jesús y lo abrazan “tocan tierra”, evitando la descarga estática del pecado (por así decirlo) a través de Jesús. Pablo describió lo que sucedió cuando Dios tomó nuestra deuda personal y sus merecidas consecuencias y “la quitó de en medio y la clavó en la cruz”

(Colosenses 2:14). Isaías profetizó acerca de Jesús, diciendo: "Sobre él vendrá el castigo de nuestra paz" (Isaías 53:5). Jesús murió en la cruz para absorber toda la ira que habíamos acumulado. Él pagó nuestra deuda.

Algo real y verdaderamente importante sucedió en la cruz: la historia volvió a cambiar, solo que esta vez de una manera positiva. A partir de esa cruz, es posible que las personas se reconcilien con Dios. Ya no hay más conflicto, juicios y culpa. La primera iglesia celebraba esta realidad: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios recae sobre él" (Juan 3:36). Esta paz es posible a través de la fe en Jesús.

Jesús murió para que todos los que confían en él podamos ser justificados, perdonados para siempre y para que podamos experimentar la paz. Como lo dijeron los primeros cristianos, Dios estaba "...haciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Colosenses 1:20). Los pecados fueron borrados gracias al sacrificio de Jesús.

Pero esa no es toda la historia. Recuerda que Isaías dijo que Jesús vendría a sufrir para que las personas puedan tener paz y sanidad: "Y por su llaga seremos sanados". Cuando el enorme peso de la culpa es retirado de nuestros hombros, comienza la sanación. Hay algo acerca de reunirse con Dios y entablar una relación con él que, a lo largo del tiempo, tiene

un efecto curativo. Resulta que es posible comenzar a lavar el petróleo pegajoso que nos cubre. Y al ser liberados de la culpa y abrazados por Dios, comenzamos a sanarnos.

Cuando comencé a confiar en Jesús en la escuela secundaria, no sólo experimenté la libertad que viene al saber que toda la culpa ha sido quitada (¡la escuela secundaria ya es bastante difícil sin el peso enorme de la culpa y la ira!), sino que también empecé a experimentar lentamente la sanación que viene de vivir bajo el abrigo de Dios. El odio que me tenía a mí mismo comenzó a ser reemplazado por amor. Mi nueva relación con Dios comenzó a cambiar la forma en que me relacionaba con los demás.

Esta sanación lleva tiempo, pero es maravilloso experimentarla. No existe una forma fácil ni rápida de eliminar el petróleo pegajoso de las delicadas plumas de un ave. Se necesita tiempo y suavidad para limpiar las plumas una por una. Pero la muerte de Jesús en la cruz hace posible la paz y la sanación.

El núcleo de la historia... Y yo

¿Por qué murió Jesús? La muerte de Jesús en la cruz es lo que cambió todo. Es el “meollo” de toda la historia: el punto central de la narrativa. No es de extrañar que la cruz fuera tan central y no estuviera oculta para los primeros cristianos. ¡No es de extrañar que se adoptara como se ha hecho! Como dijo el predicador escocés James

S. Stewart: "...Cristo Dios ha cerrado la brecha entre dos mundos, ha destruido la tiranía masiva de los poderes de las tinieblas, ha cambiado radicalmente y para siempre la perspectiva humana y el aspecto total del mundo y ha traído a la luz la vida y la inmortalidad" (James S. Stewart, Heralds of God, 67).

Por supuesto que estas son afirmaciones universales e históricas. Pero para cada cristiano la cruz se convierte en una realidad inmensamente personal. En realidad, la cruz tiene que ver con el amor: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:16-17).

Para muchos cristianos, incluyéndome a mí, la cruz no es un simple recordatorio de un acontecimiento que tuvo lugar hace varios siglos fuera de Jerusalén, sino el recordatorio del amor de Dios por mí. Es una señal que me dice que estoy perdonado y libre de culpa. Es lo que marca mi nueva relación con Dios. Es la fuente de la lenta sanación que voy experimentando con el paso del tiempo. De esta manera, la cruz es la marca de un evento, un cambio en mi vida.

Esa es la razón por la que colecciono cruces: porque ellas son preciosas para mí. Porque no

solo apuntan al punto crucial de la historia en toda la historia, sino que también apuntan al punto crucial de la historia de mi vida.

¿Por qué murió Jesús? Para destruir la tiranía masiva de la oscuridad y dar vuelta la historia. Y por mí, porque necesitaba paz y sanidad.

Fue el confiar en Jesús lo que sacó a la cruz del pasado y la puso en mi vida de cada día. La confianza está en el centro del concepto bíblico de "creer", y esa es la clave. Como leemos en el evangelio de Juan: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios recae sobre él" (Juan 3:36).

Desde la violencia de la opresión romana hasta las sutilezas de la profecía hebrea, pasando por las aves cubiertas de petróleo, la electricidad estática y la historia de un joven inseguro de 16 años... creo que tenemos antecedentes en abundancia como para contemplar esta pregunta histórica y muy personal: "¿Por qué murió Jesús?".

Copyright © 2023 por CPTLN Chile

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, escaneado o de otra manera sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.